BOGOTÁ MI CIUDAD MI CASA

BOGOTÁ



Fotografía: Sebastián Coronado

Una oscuridad con camino

Historias, voces y prácticas de la partería muisca en Bogotá

Yu parteras
Medicina y partería Muysqa

Sol

FEDES
FUNDACIÓN EDUCACIÓN Y DESARROLLO

INSTITUTO DISTRITAL DE PATRIMONIO CULTURAL

Cuerpo, Territorio y Memoria: Acercamiento al Patrimonio Cultural de la Partería Muisca en Bogotá

Escuela de Medicina de Mujer y Partería Indígena Muisca
Fundación para la Educación y el Desarrollo - FEDES
Sol - Centro de Desarrollo Infantil y Familiar

Con el apoyo de:

Instituto Distrital de Patrimonio Cultural
Alcaldía Mayor de Bogotá

Una oscuridad con camino
Historias, voces y prácticas de la partería muisca en Bogotá

Primera edición
Noviembre de 2026
ISBN: 978-958-57788-1-8
Edita y publica: Fundación para la Educación y el Desarrollo (FEDES)
2026
Publicación digital de distribución gratuita

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.

Carlos Fernando Galán
Alcalde Mayor de Bogotá

Santiago Trujillo Escobar
Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE PATRIMONIO CULTURAL – IDPC

Diego Javier Parra Cortés
Director

Sandra Carolina Florez Gutierrez
Subdirectora de Gestión Corporativa

Mónica Coy de Márquez
Subdirectora de Gestión Territorial del Patrimonio

Édgar Andrés Figueroa Victoria
Subdirector de Protección e Intervención del Patrimonio

Carolina Paola Farías Riaño
Subdirectora de Divulgación y Apropiación del Patrimonio

Carlos Alfonso Caicedo Guzmán
Líder equipo de fomento.
Subdirección de Divulgación y Apropiación del Patrimonio

Milton Iván Aguilera Ávila
Profesional equipo de fomento.
Subdirección de Divulgación y Apropiación del Patrimonio

EQUIPO DE LA PUBLICACIÓN

Gabriela Garibello Daza
Angie Paola Fonseca Arias
Yuli Dayan Chiguasuque Escobar
Ariadna Carbonell Huérfano
Textos

María Elena Alarcón
Luz Miryam Martínez Triviño
Diana Garibello Alarcón
María Isabel Neuta Tunjo
Yuli Dayan Chiguasuque Escobar
Voces de las parteras y médicas tradicionales

Ariadna Carbonell Huérfano
Coordinación editorial

Gabriela Garibello Daza
Corrección de estilo

Camila Bernal López
Diseño gráfico

Gabriela Garibello Daza
Yuli Dayan Chiguasuque Escobar
Sebastián Coronado
Fotografías

MARCO DE LA PUBLICACIÓN

Esta cartilla es el producto final del proyecto Cuerpo, Territorio y Memoria: Acercamiento al Patrimonio Cultural de la Partería Muisca en Bogotá, ganador de la Beca para el reconocimiento y la activación del patrimonio cultural de sectores sociales, del Programa Distrital de Estímulos 2026. La beca fue convocada por el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (IDPC), y el proyecto se realizó con recursos de la Alcaldía Mayor de Bogotá.

La beca busca reconocer y activar el patrimonio cultural de sectores sociales de la ciudad. En este caso, el proyecto se propuso visibilizar la partería tradicional de la comunidad muisca de Bosa como patrimonio cultural inmaterial vivo, mediante un ciclo de cuatro talleres abiertos a públicos diversos y la sistematización de sus contenidos en este documento

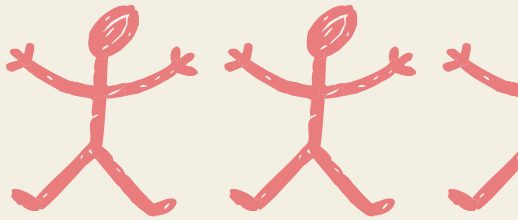
ENTIDADES QUE EJECUTARON EL PROYECTO

Fundación para la Educación y el Desarrollo – FEDES
Escuela de Medicina de Mujer y Partería Indígena Muisca
Sol – Centro de Desarrollo Infantil y Familiar

CÓMO CITAR

Garibello Daza, G., Fonseca Arias, A. P., Chiguasuque Escobar, Y. D. y Carbonell Huérfano, A. (2026). Una oscuridad con camino: Historias, voces y prácticas de la partería muisca en Bogotá. Fundación para la Educación y el Desarrollo (FEDES).

Un camino que se recorre entre varias



Este libro ha sido escrito desde voces de mujeres que buscan recuperar saberes y tradiciones que nos ofrecen maneras de vivir nuestro ser mujer de maneras distintas. Desde hace unos dieciocho años, parteras, sabedoras y aprendices de la comunidad indígena muisca han luchado por generar espacios para recordar lo que sus abuelas sabían sobre cómo se gesta, cómo se pare, cómo se cuida a los recién nacidos y a las madres en el posparto y, en general, cómo se acompaña en la vida y en la muerte. Recordar ha sido un trabajo lento. Hubo que preguntar en las casas, buscar a quienes todavía guardaban un rezo o una receta, volver a sembrar las plantas que la ciudad había ido sacando de los patios y aprender, otra vez, a confiar en lo que las manos saben. En 2021 ese camino tomó nombre propio: Escuela de Medicina de Mujer y Partería Indígena Muisca.

En 2026, el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (IDPC), de la Alcaldía Mayor de Bogotá, abrió la Beca para el reconocimiento y la activación del patrimonio cultural de sectores sociales, dentro del Programa Distrital de Estímulos.

La propuesta Cuerpo, Territorio y Memoria: Acercamiento al Patrimonio Cultural de la Partería Muisca en Bogotá recibió esa beca. Gracias a ella, la Fundación para la Educación y el Desarrollo (FEDES), la Escuela de Medicina de Mujer y Partería Indígena Muisca y la organización Sol, que acompaña a familias en la gestación, el parto y el posparto, pudieron realizar juntas un ciclo de talleres con el objetivo de compartir con personas provenientes de distintas localidades de Bogotá los conocimientos vinculados a la partería tradicional muisca como parte del patrimonio inmaterial de la ciudad.

El proyecto consistió en un ciclo de cuatro talleres dirigidos por la partera Yuli Chiguasuque, abiertos a gestantes, madres, jóvenes y personas interesadas en otras formas de cuidar la vida. Los talleres fueron sobre la historia de la partería y la cosmovisión muisca; sobre el cuerpo como primer territorio y los derechos en la gestación; sobre plantas, herbolaria y preparaciones; y sobre sobos, terapias y autocuidado.

Las páginas que siguen alternan tres clases de textos. Las **historias** son relatos de origen y de memoria: cómo salió Bachué de la laguna, qué le enseñó Huitaca a las mujeres, quién fue María Pantano. Las **voces** son las de las parteras, que contaron su vida en entrevistas y en conversaciones, y que aquí aparecen con sus propias palabras, apenas ordenadas para que se lean con la calma con que fueron dichas. Las **prácticas** describen cuidados concretos: cómo se prepara el cuerpo antes de gestar, qué plantas acompañan, cómo se recibe a un bebé, cómo se siembra una placenta, cómo se acompaña una despedida. Para escribir estas últimas usamos, además de los talleres y las entrevistas, los documentos que la propia comunidad muisca ha publicado en los últimos años, que se citan al final.

Hay una advertencia que las parteras repiten y que conviene tener presente al leer. Lo que aquí se cuenta es una parte de lo que ellas saben. Otra parte no se escribe, porque se aprende acompañando, con el cuerpo y con el tiempo, y porque cada mujer y cada embarazo piden algo distinto. Las plantas y preparaciones que se describen no sustituyen la consulta con una partera ni la atención en salud, y varias de ellas no se usan durante la gestación sin acompañamiento. La cartilla no busca que nadie se cure sola. Busca que se reconozca un saber vivo y se pueda conversar con él.

Quienes participaron en el proceso vienen de lugares distintos: mujeres del Cabildo de Bosa y de Suba, madres que llegaron desde distintos barrios de Bogotá, jóvenes parejas interesadas en aprender para preparar futuras gestaciones, hijas e hijos nacidos en circunstancias y condiciones diversas. Esa mezcla es parte de lo que queríamos mostrar. La partería muisca no es una pieza de museo ni un asunto exclusivo de la comunidad que la guarda. Está en una ciudad que también la necesita, y su conservación depende de que más gente la conozca.

Gracias a las parteras que abrieron su historia, a las y los sabedores del Cabildo, a las familias que asistieron a los talleres, a Sol por prestar su casa y su voz, y al IDPC por apostar a que este saber también es patrimonio de Bogotá.

Ariadna Carbonell Huérfano
Coordinadora del Área de Programas y Proyectos
Fundación para la Educación y el Desarrollo (FEDES)

La mujer que salió del agua

Bachué, Iguaque y el olvido

Ze uaia zegusqua caca fuyzy zegusqua (Mi mamá me decía que su abuela le contaba siempre la misma historia).

Hace miles de lunas, cuando el mundo aún era un lugar nuevo, la xiua Iguaque (laguna, y también vagina, en muysccubun, la lengua muisca) se llenó de flores y sus aguas comenzaron a burbujear como si hirvieran. El cielo todo se nubló y empezó a derramar gotas gordísimas de sudor. La tierra entera se movía al ritmo del palpitar del pquyquy (corazón) de la xiua. Al principio era un temblor leve y, a medida que los vientos cantaban más fuerte, el temblor crecía.

El movimiento hizo que las aguas hirvientes de Iguaque se derramaran por todas partes. Pasados unos minutos, salió de la xiua una mujer morena, bajita y pelinegra. Así nació Bachué en este territorio. De su mano venía un niño pequeño, a quien algunos nombran Sungunsua.

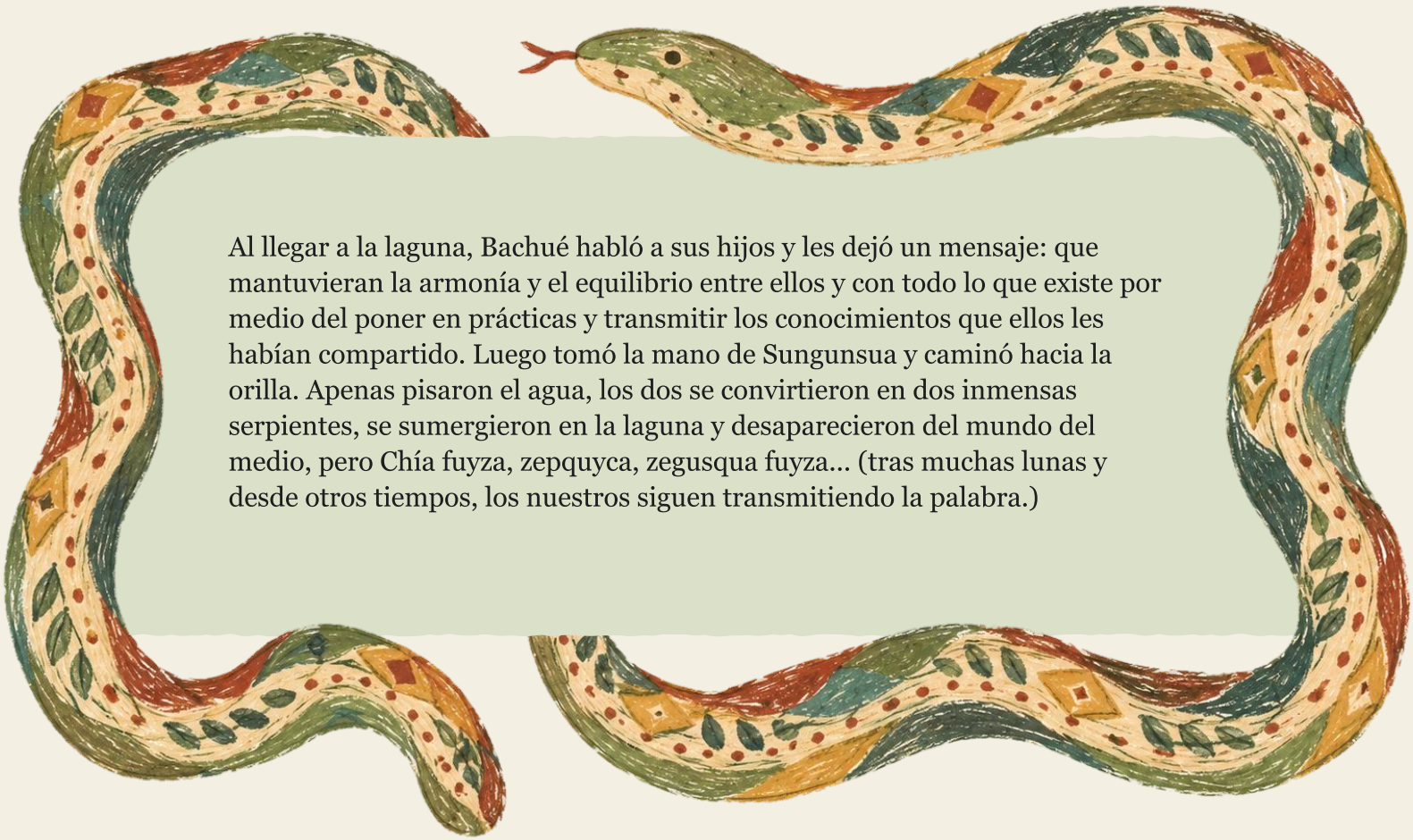
Bachué buscó un lugar seguro donde vivir tranquila y pensó que lo mejor era bajar de la montaña hacia el valle, donde el clima era menos frío. Allí construyó una casa para ella y para Sungunsua. Fueron pasando las lunas una tras otra hasta que Sungunsua fue lo suficientemente grande para tener hijo con Bachué, así fueron poblando la tierra, de un lugar a otro, dejando montones de hijos, porque la gran guaia (madre) Bachué era tan fértil como la tierra que cultivaba.

Cuando se avecinaba un parto de la gran guaia Furachogue (otro de los nombres por los que se conoce a Bachue) la tierra completa se prepara para parir con ella. Así Fiba (viento) preparaba sus mejore cantos, la hytcha guaia (madre tierra) disponía las cucas sagradas para los nacimientos, asegurando que fueron lugares cómo para la gran madre. Todos los animales y plantas estaban al pendiente de poder llevar a la madre cualquier ayuda que necesitara.



Cuando iniciaba el trabajo de parto la madre Bachué invocaba a su madre, Iguaque, para poder parir en placer. Así, el trabajo de parto no era doloroso, sino un momento lleno de placer y de intimidad. Era tal la intensidad del momento que los prados todos florecían, y los cultivos producían en abundancia suficiente para no volver a sembrar en años. El maíz brotaba de los lugares más inesperados y las xiuas del territorio se desbordaban.

A medida que sus hijo fueron creciendo Bachué y Sungunsua les fueron enseñando el cuidado de la vida, del territorio y de todo lo que existe. Así, Bachué enseñó el cultivo, la preparación y la curación con plantas, el tejido de las mantas, el cuidado de los sitios sagrados, las tamsas (ofrendas) y de las ceremonias. Sungunsua enseñó el arte de vivir en comunidad, a hacer acuerdos, intercambios y la alfarería. Nacieron nuevas familias y la comunidad se hizo lo bastante grande y autónoma para que un día Bachué y su compañero decidieran volver al sitio de donde habían salido. Tomados de las manos emprendieron el camino hacia Iguaque y el pueblo, entristecido, iba detrás.



Al llegar a la laguna, Bachué habló a sus hijos y les dejó un mensaje: que mantuvieran la armonía y el equilibrio entre ellos y con todo lo que existe por medio del poner en prácticas y transmitir los conocimientos que ellos les habían compartido. Luego tomó la mano de Sungunsua y caminó hacia la orilla. Apenas pisaron el agua, los dos se convirtieron en dos inmensas serpientes, se sumergieron en la laguna y desaparecieron del mundo del medio, pero Chía fuyza, zepquyca, zegusqua fuyza... (tras muchas lunas y desde otros tiempos, los nuestros siguen transmitiendo la palabra.)

Yo nunca conocí a mis abuelos. Por eso mi mamá me cuenta tantas historias de mi abuela Ynambia, para que no olvide de dónde venimos. Me contaba, por ejemplo, que en los tiempos de la abuela la vida era distinta: las familias se acompañaban a lo largo de todos los ciclos de vida con la medicina de las plantas, el territorio y el alimento propio. Procuraban estar en armonía y en equilibrio entre cuerpo, espíritu, pensamiento y territorio, y así mantenían el orden y la salud de la familia y de la comunidad.

Para los abuelos de mi abuela, cada nacimiento era una celebración de la vida, porque guaia Bachué se transmutaba en el cuerpo de la mujer que paría y le daba su fuerza y su amor para traer nueva vida al territorio. Mi abuela fue muy devota de Bachué, tal como lo había sido su propia abuela. Mi mamá recuerda que desde niña la acompañaba a Iguaque a entregar tamsas. Nunca supo dónde las dejaba exactamente: la abuela se iba a lugares ocultos de la montaña y a veces tardaba horas.

Una vez, después de una de esas subidas, mi mamá le preguntó por qué era tan importante dejar cosas en la montaña y a veces en la xiua. La abuela le contó que en su primer embarazo había sentido mucho miedo, porque no entendía del todo lo que le pasaba por el cuerpo. Una noche, mientras se preguntaba qué sería de su vida y de la de su bebé, Bachué apareció en sus sueños y con un canto, la calmó. Pronto se hicieron amigas, y Bachué fue su consejera y su compañía a lo largo de la gestación. Desde entonces, cada vez que estaba gestando, se encontraban en sueños.

Cuando la abuela dejó de tener bebés, Bachué dejó de visitarla tan seguido. Ella siempre creyó que era porque había empezado a aparecerse en los sueños del abuelo. Mi abuelo era un hombre tosco y poco cariñoso, pero cuenta la abuela que un día volvió de la montaña transformado. Se volvió cariñoso y cuidadoso con ella. Fue él quien le dijo que para tener buen vivir debían llevar regalos a Iguaque. Mis abuelos llevaron ofrendas hasta que ya no pudieron subir más.

Mi mamá quedó embarazada de mí poco después de que murió mi abuela. Trató de llamar en sueños a Bachué para que le enseñara los cuidados del parto, pero no la encontró. En cambio apareció en nuestra vereda doña María Pantano, una partera que recibió a muchas de las personas de por allá, incluida yo.

La señora María Pantano vivía al lado de la tchupqua (humedal) Chiguasuque. Era bajita, morena y con un cabello negro larguísimo que le llegaba casi hasta las rodillas. Doña María era una mujer del hacer. Si no estaba atendiendo mujeres embarazadas o en postparto estaba cuidando de sus plantas, de sus ovejas o de sus hijos. Mamá recuerda con mucho cariño que la señora María llegaba siempre oliendo a ruda y con un canasto lleno de plantas y telas. Aunque pocas personas heredaron sus secretos y saberes, toda la comunidad la recuerda con cariño, pues sus manos ayudaron a que todos naciéramos.

El olvido del tomsa (ombligo): del campo de cultivo a campos de cemento

A veces deseo haber conocido la comunidad en los tiempos en que el río estaba limpio. Nosotras tuvimos que irnos porque ya no se podía cultivar ni pescar, y en la ciudad nos tocó buscar otras formas de ganarnos la vida. Pocas cosas recuerdo con tanta tristeza como la cara de mi mamá cuando tuvo que vender la casa de mis abuelos. Un manto de tristeza cayó sobre mi familia, y por meses la vida se sintió oscura y difícil.

No recuerdo con claridad cómo salimos de esa oscuridad sin camino, pues los días y las noches se sentía como un mar infranqueable y revuelto, donde la calma y el sol parecían haber desparecido para siempre. Sí recuerdo a mi mamá comprando atados de altamisa para hacerse baños y luego bañarnos a nosotras. A mi hermana y a mí nos llegó la calma, pero a mi mamá le seguía pesando haber vendido la casa materna. Un día, después de llorar mucho, se fue a visitar a viejos amigos de la comunidad. Volvió sonriendo, con una caña llamada chusque en la mano. No me contó mucho, pero varias veces la encontré hablándole a la caña mientras se la frotaba en las muñecas. Después de eso, mi mamá volvió a estar bien.

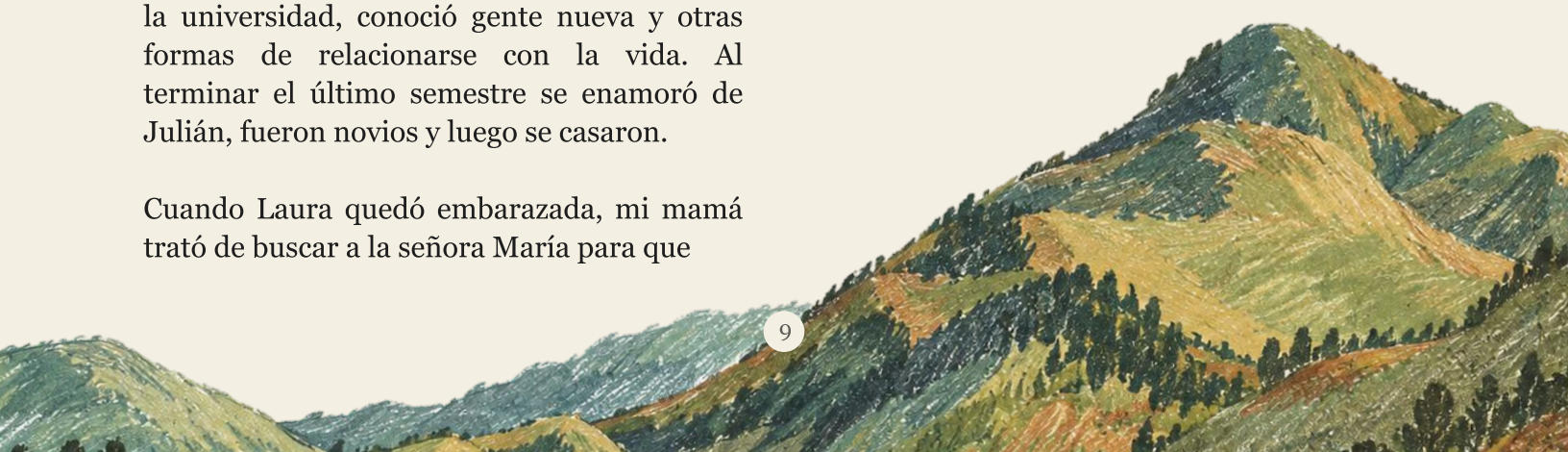
Para mi hermana Laura la ciudad fue un cambio de pensamiento. Cuando por fin nos adaptamos y mis papás consiguieron trabajos estables y dignos, Laura empezó a estudiar en la universidad, conoció gente nueva y otras formas de relacionarse con la vida. Al terminar el último semestre se enamoró de Julián, fueron novios y luego se casaron.

Cuando Laura quedó embarazada, mi mamá trató de buscar a la señora María para que estuviera acompañada, pero mi hermana y su esposo pensaban que parir en casa podía ser peligroso, entonces Julieta nació en el hospital.

Ese fue, para mí, el momento en que se marcó el olvido de nuestras medicinas. Ni mi mamá, ni Laura, ni mi papá, ni yo volvimos a usar las plantas con las que antes aliviábamos los dolores. No volvimos a Iguaque, mi mamá se olvidó de algunas historias y del canto que Furachogue le había enseñado a mi abuela. Nuestros pasos se volvieron ligeros y la tierra comenzó a olvidarnos a nosotros también.

Nuestros cuerpos comenzaron a enfermarse y los problemas en familia se volvieron abundantes. Olvidamos nuestra lengua y con eso olvidamos quiénes éramos y el sentido de la vida. Dejamos de ser campos de cultivo y pasamos a ser campos de cemento, donde nada florecía.

Una día mamá soñó que la ciudad entera de inundaba. Que el agua caía por días y noches de manera descontrolada y que hasta el último piso del edificio Bacatá quedaba sumergido en agua. Ese sueño se volvió recurrente y por tres meses solamente soñaba con la inundación. Una noche el sueño cambió, pues lo que estaba al fondo del agua ya no eran edificios sino dos serpientes entrelazadas, dormidas.



Desde esa visión de mamá hemos estado tratando de recordar las historias antiguas de la familia y de la comunidad. En ese camino descubrimos que es más fácil recordar haciendo, o volviendo a los lugares que solíamos frecuentar. Volvimos a sembrar maíz, cebada y calabaza. Mi mamá volvió a prender tabacos y a preparar cacao como lo aprendió de la abuela.

Decidimos participar de nuevo en las actividades de la comunidad, y allí nos encontramos con Yuli Chiguasuque y Mónica Cobos, dos mujeres que empezaron a recuperar la memoria desde antes que nosotras. Hoy son parteras, y fue ese camino de más de quince años de recordar el que trajo de vuelta a la comunidad estas prácticas de cuidado y acompañamiento.

Hoy ellas me acompañan en mi embarazo, y ha sido un camino de redescubrimiento de mi historia familiar, de mi sentir como mujer, de mi relación de pareja y de mi relación con la vida, la muerte y el territorio. Me han llegado sentimientos y emociones que no esperaba. He tenido conversaciones lindas y complicadas con mis papás. Lo más lindo ha sido sentirme entendida y acompañada en cada paso.

Caminando con ellas he aprendido que acompañan no solo a la mujer que gesta, sino a su familia, y por eso a la comunidad. Que ser partera es acompañar a las personas como lo hizo Bachué, a lo largo de todos sus ciclos de vida, porque las parteras son cuidadoras del portal de la vida y de la muerte.





Las plantas han sido compañeras de todo este proceso, y he entendido que son grandes consejeras. Gestar es una oscuridad con camino. En ese camino ya he sido varias lunas. Con mi bebé fui la luna nueva, que es el primer trimestre del embarazo.

Breve nota sobre doña María Pantano. Fue una partera de Bosa que acompañó los partos, las gestaciones y las dietas de muchas mujeres de la vereda cuando el sistema de salud todavía no cubría todo Bogotá, y también cuando las mujeres preferían parir en casa. Era además la médica tradicional de las familias: sobaba, fajaba, preparaba aguas. Entregó su vida a esa labor y, con su conocimiento de las plantas, ayudó a sanar a la comunidad.

Hace unos treinta y tres años nació en Bosa una de las últimas mujeres que recibió y no hubo después quien heredara todo lo que ella sabía. Las parteras de hoy la recuerdan y la nombran.



Primera Luna

Cómo se acompaña a una niña cuando empieza a sangrar

En la historia, Huitaca les cantó a las mujeres cómo debían cuidar cada una de sus lunas, desde la primera hasta la última. La primera es la menarquia, el primer sangrado. Para las parteras de la comunidad muisca no es un trámite del cuerpo sino un despertar: la niña empieza a caminar hacia el ser mujer con la energía de la madre Bagüe y cambian su cuerpo y su espíritu al mismo tiempo.

Lo primero que hace la partera es mirar también a la mamá. Si la madre acepta del todo los cambios de su hija, la niña los vive con menos susto. Para eso, la mamá tiene que sanar primero su propia niñez, de modo que pueda acompañar a su hija desde el amor y no desde sus heridas de niña. Por eso la partera hace una consulta espiritual con la madre sola y luego otra con las dos. La primera luna es una oportunidad para que madre e hija se unan y se sanen la una a la otra.

El tejido es nuestra memoria viva; en cada hilo se guardan los pasos de los ancestros y las historias del origen. La Madre, la Mamita, no solo teje una mochila durante su gestación: hila su propio pensamiento, abriga su territorio sagrado del útero y plasma los sentires de los días en que el nuevo ser se está formando. Allí, en cada puntada, queda escrita la historia de origen de la vida.

Y tú, *¿cómo estás hilando la memoria de tu linaje? ¿Qué historias estás sembrando hoy en el corazón de tus hijos?*

Consejo sospekua. Permítete tejer, escribir, plasmar o pintar las memorias de este tiempo de siembra (gestación). Abraza cada emoción, desde el silencio hasta la alegría, porque en este relato habita la fuerza del ser que llega. Cuanto más presentes estemos en el tejido de su origen, más claro veremos el oro espiritual que trae su medicina, para así guiar sus pasos con sabiduría a lo largo de su caminar.



Una ruana, dos costales y un bus que no podía parar

Biografía de María Elena Alarcón

María Elena Alarcón nació el 11 de mayo de 1949 en el barrio Santander, en Bogotá. Hoy vive en Bosa Centro y pertenece a la comunidad muisca de Bosa. Cuando le preguntaron cómo había sido su primera experiencia con la partería, empezó por decir: “Mi primera experiencia fue muy linda”. Después contó un viaje en bus.

Fue de regreso a Bogotá. María Elena había ido al territorio de su madre, en Boyacá. En el tramo de Tota a Iza subió una mujer que iba a trabajar en la cosecha de papa y se quedó de pie en el pasillo. María Elena la miró y le dijo, con la seguridad de quien ya ha parido: “Su merced no puede seguir porque viene con pujo”. La mujer contestó que no, que nunca había tenido hijos. María Elena insistió: estaba embarazada y el bebé ya iba a nacer. Preguntó si viajaba con su esposo y el esposo estaba ahí, parado, a su lado. Tampoco había sido papá antes. “Le dije: bueno, entonces mire, esa ruana échela al suelo y unos costales”. Con esa ruana, otra ruana y dos costales de carga tendió un lugar en el piso del bus, para detener la sangre.

Hicieron parar la buseta al llegar al pueblo de Iza y buscaron un centro de salud, pero todo estaba cerrado. Ahí entendió que tocaba “sí o sí” en el bus.

Le pidió el botiquín al conductor, y el conductor le dijo que no traían. Lo único que le pasó fue un machete. “Señor, estamos teniendo un parto”, le dijo.

No había con qué cortar el cordón ni con qué amarrarlo, así que improvisó con lo que había. Alguien traía un litro de leche en una botella de vidrio. María Elena le pidió que la botara en la zanja, porque con ese vidrio iban a cortar, y desinfectó el cuello de la botella con orina. Esperó a que la sangre cediera y cortó. Para amarrar el ombligo le pidió a su hija mayor, que viajaba con ella, un cordoncito, y le dijo al señor que lo orinara y lo escurriera bien: “Con eso toca amarrar el ombligo del niño”.

El bebé venía “negrito”, dice, y se pudo haber ahogado. María Elena rezó: “Señor, deme esa sabiduría de poder atender a esta señora”. Su hija, asustada, le decía “mami, no, mami”. Ella siguió. Puso la placenta en una bolsa, se llevó a la madre y al bebé hasta el hospital y los entregó. Ya no había sangrado.





María Elena Alarcón (izquierda) y Diana Garibello Alarcón (derecha).

Lo que pasó en el hospital todavía la hace reír. Al rato salió un policía a llamarla por su nombre completo, con la cédula de ella en la mano. “Qué susto tan terrible, porque algo salió mal”, pensó. Salió mal nada. Las tres enfermeras y el médico la felicitaron, la aplaudieron y le dijeron que el parto había sido un éxito y que la placenta había salido completica. “De ahí para allá me daban el título de partera”.

Le preguntaron entonces si alguien le había enseñado, si su mamá sabía de eso. Contestó que no. Lo que sabía lo sabía por ser madre: ya había tenido dos, tres hijos y reconocía el pujo cuando lo veía

Sobre el miedo vuelve varias veces. “Muchos tenemos miedo, pero no hay miedo”, dice. “Ahí es más bien esa alegría de que pudimos ayudar y ayudar a ver una vida”.

Hoy ya no recibe partos. Acompaña. También hace tratamientos cuando la matriz está débil y hay riesgo de perder el embarazo en los primeros meses. Su método es sencillo de contar: “Mucho alimento para la matriz y consejos para la mamá y el papá”. Dice que le funciona harto.

Cuando le preguntaron qué enseñanzas no deberían perderse, habló de las mujeres que no tienen recursos para ir a un hospital, de las que se ven de repente en un campo abierto, sin poder llegar a un hospital. Quiere que la función de las parteras se mantenga y que se mantenga la confianza: “Que no haya miedo, sino que haya esa confianza”.

HISTORIA

La mujer de los ojos de luna

Huitaca, el canto de las noches y lo que aprendieron las mujeres

Cuentan los abuelos que hace miles de lunas, cuando Muykytá era aún tierra de cultivo y Bochica aún estaba enseñando a los muiscas el cuidado de la tierra y la importancia del trabajo, apareció una mujer cubierta de mantas de algodón finamente tejidas, tinturadas y decoradas. Nada más verla inspiraba respeto y admiración. Con su caminar retumbaba la tierra y en todo infundía ánimo festivo.

La mujer con ojos de luna llena entró en una casa ceremonial y allí sacó su tambor y empezó a cantar. Al principio era inaudible su voz, pero poco a poco, a medida que la noche cubría con su manto el cielo la voz de la misteriosa mujer se tornaba más fuerte. El canto reunió a todos los seres del territorio en el vientre sagrado de la comunidad. Todos empezaron a cantar y a danzar.

El movimiento acompasado de todos reflejaba su estado de plenitud y goce. Por primera vez, después de muchas jornadas de trabajo podían disfrutar de los placeres del cuerpo, de la chicha bien fermentada y de la armonía de rezar con el cuerpo, con la felicidad de tener el corazón iluminado por el compartir con todos los seres que habitan el abos (universo).

Los muiscas aprendieron los cantos de la encantadora mujer, pues descubrieron que el sonido del tambor y de sus voces hacía que ella llegara con sus mantos llenos de noche y placer. Así, poco a poco, el biohote se volvió una parte esencial de la vida de los muiscas. Una noche, la mujer con ojos de luna llena le pidió a los hombres que salieran del vientre sagrado de la comunidad, pues quería compartir un canto solo con las mujeres.

La mujer misteriosa se presentó por fin. Dijo que se llamaba Huitaca, guardiana de la noche y de la sabiduría de las mujeres. En su canto les contó a las mujeres cómo tenían que cuidar de cada una de sus lunas, desde la primera hasta la última. Poco a poco las mujeres y Huitaca empezaron a danzar y en esa danza fueron aprendiendo a leer los tejidos del cuerpo, de las plantas y del territorio mismo. Esa noche Huitaca y las fuchas (aprendices de Huitaca, guardianas y transmisoras del conocimiento) acordaron seguir caminando y cuidando juntas el tejido de la vida.

Las gentes del sagrado territorio de Muykytá siguieron cantando cada noche a Huitaca, sin embargo, ella dejó de aparecer como la mujer que todos conocían, y en cambio, las mujeres de la comunidad se transformaban todas en Huitaca. Así, a algunas la luna les poseía los ojos, otras se volvían certeras cazadoras, a otras las mantas se les transformaban en densos plumajes. Y así, todas siendo Huitaca danzaban, cantaban y aprendían cada vez más de la Ley de Origen del territorio.

Algunos hombres, celosos de ver a las mujeres aprender cosas que para ellos eran prohibidas llamaron a Bochica. Este atendió al llamado y llegó una noche mientras el biohote estaba siendo llevado a cabo. Al ver a las mujeres con los ánimos tan encendidos y a los hombres con miradas celosas decidió hablar con Huitaca, pues veía que el saber que ella había dejado en la comunidad estaba afectando la armonía que allí primaba. Huitaca y Bochica hablaron nueve noches seguidas hasta que lograron acordar que las mujeres solo serían una sola con Huitaca durante momentos vitales, de resto, las mujeres podrían seguir profundizando su conocimiento solo por medio del profundo recogimiento en las cucas (casas) sagradas del territorio.

Durante un tiempo los cantos continuaron, y aunque las mujeres ya no se transformaban en Huitaca, el regocijo del biohote seguía presente.

Desde el tiempo de los abuelos, la gestación es un espacio de escucha. Las madres no inventan un canto; sintonizan con el latido de la Tierra y el espíritu de la semilla que crece en su vientre. Así nace el canto de origen, un arrullo que porta la medicina, la fuerza y el destino del nuevo ser. Cuando el bebé cruza el umbral del nacimiento, el territorio y la comunidad lo reciben con esta melodía sagrada, recordándole quién es y de dónde viene.

Y tú, ¿cómo estás escuchando la melodía de tu linaje? ¿Le cantarías el canto de origen a la semilla que florece en ti?

Consejo del útero de la Tierra:

Busca un espacio de silencio, un altar natural o un rincón tranquilo. Pon tus manos en el vientre, conecta con el latido de tu corazón y el de tu bebé. Deja que el aire salga libre, sin juicio: balancea tu cuerpo y permite que broten sonidos sutiles, tarareos o palabras dulces. De ese fluir natural nacerá la nana sagrada que arrullará su nacimiento y protegerá el caminar de tu hijo por la vida.

La lechuza y las seis aseguranzas

Cómo volvió el canto a los nuevos Qusmhuy



Los tiempos fueron cambiando y con la imposición de un nuevo orden en el territorio mujeres y hombres se vieron forzados a no hablar la lengua del corazón. Vestimentas acartonadas se impusieron y la cuadrícula del pensamiento cortó el compartir y el abrazo del vientre sagrado (qusmuy).

Sin embargo, las sabias mujeres siguieron cuidándose entre sí. Conocieron nuevas plantas y crearon juntas nuevos cantos. Construyeron entre todas nuevos vientres ceremoniales y se fueron despojando de las ropas que no las dejaban estar en libertad. Algunas mujeres empezaron a reunirse nuevamente de noche en los nuevos qusmuys.

Durante los encuentros nocturnos una misma lechuza se posaba sobre un viejo roble y desde allí las observaba. Cuando avistaba algún peligro para las mujeres la lechuza, con sus afiladas garras y sus alas protectoras, las protegía. Una noche que la lechuza vio el espíritu dispuesto de las mujeres voló hasta la entrada del templo y se transformó en una anciana cubierta por mantas de algodón dorado y con cabellos bañados por la luna.

Al entrar al templo, las mujeres la observaron con los ojos bien abiertos y con los corazones acelerados.

Aunque su pensamiento no entendía qué estaba pasando, su corazón y su útero sabían con certeza que ya se habían conocido antes con aquella mujer. La anciana sacó de su chisua (mochila grande) un tambor y comenzó a cantar en una lengua extraña para los oídos pero conocida por el espíritu. La mujer cantó por horas, y justo antes del amanecer, entregó a seis mujeres una aseguranza.

Una de esas mujeres fue Miryam, del territorio ancestral de Suba. A Miryam le tomó un tiempo comprender que todo su camino de medicina y partería era cuidado y guiado por Huitaca, pues la duda estuvo presente por un buen tiempo. La certeza de que tenía el don de cuidar y acompañar la vida llegó tras descubrir y comprobar que con sus manos puede leer el espíritu del otro.

Así, Miryam logró desarrollar los ojos sagaces de Huitaca, así, cada vez que mira a una mujer o a un paciente, puede leer su espíritu en la mirada.

La labor entregada por Huitaca a la partera Miryam ha sido la de preparar el vientre de las mujeres para poder quedar embarazadas. Esta es una herencia de su abuela, a quien vio desde niña, quién preparaba a las mujeres para el parto por medio de caldos, vapores de plantas medicinales, tejidos y sobijos en el vientre.

María Elena Alarcón fue otra de las mujeres a las que Huitaca le entregó una aseguranza. María Elena ha recorrido el territorio Muisca casi tanto como Huitaca. Eso hizo que su espíritu aprendiera a confiar; así, María Elena recibió el don de no sentir miedo y de cazar la certeza, incluso en la noche más oscura. Así, las manos de María Elena están llenas de amor y vida, pues ha recibido muchas vidas nuevas.

María Elena entendió que el don compartido por Huitaca debía ser compartido, así, ha le enseñó a su hija Diana Garibello a leer los cuerpos, a tener una mirada aguda y a tener manos certeras.

Diana recibió la aseguranza de Huitaca por medio de su mamá. Diana ha encontrado que su camino es el cuido del portal de la vida y de la muerte, pues en una ocasión tuvo que hacer acuerdos con la Guaia Guajaia (madre muerte).

Isabel Neuta también recibió el don del cuidado de parte de Huitaca. Isabel siempre se interesó por aportar al cuidado de los demás, sin embargo, priorizó el trabajo a la labor durante gran parte de su vida. Esto fue hasta que un día recordó que la labor y el trabajo son igualmente importantes para lograr un buen vivir. Así es que, por medio del fuego, se conecta con el espíritu de Huitaca y con sus manos logra leer el cuerpo y el espíritu de sus pacientes.

Así como las mujeres mencionadas, a muchas otras mujeres les ha entregado el don del cuido y de la partería, pero no todas han descubierto que lo tienen. Mientras lo descubren y confían en sí mismas, Huitaca las acompaña todas las noches con su mirada de luna, sus plumas abrigadoras, su oído agudo, pero sobre todo con su rezo, canto y danza, haciendo que cada vez más mujeres recuerden que el camino que hay que recorrer es el del placer.

Dejar de esquivar el camino

Biografía de Luz Miryam Martínez Triviño



Luz Miryam Martínez Triviño es del Cabildo Muisca de Suba y ha sido lideresa de su comunidad. Lleva unos veinte años en el camino de la medicina, “incluso más joven”, dice. Lo que recuerda del comienzo no es una escena de maestros ni de ceremonias. Es su abuela, que preparaba las medicinas y preparaba a las primas de Miryam cuando iban a parir. Miryam tenía seis, siete, ocho años y veía llegar a las primas con la barriga grande, quejándose de dolor, y no entendía por qué. “Uno la miraba así como todo raro. Y yo decía, pero ¿por qué le duele? Está con la barriga grande”.

En esa época ya no había parteras en las casas, así que la abuela las preparaba antes de que se fueran para la clínica. Les decía que les iba a preparar agua de brevo y que se sentaran, para tener buena dilatación y para ir más tranquilas.

Les cogía el cabello, les daba un caldito, a veces les revisaba la barriga para comprobar que el bebé estaba bien y que la cabeza estaba ubicada para la salida. Cuando volvían, venían las aguas, los tés, el caldo de gallina, el caldo de pajarilla. “Uno miraba eso y lo veía como raro (...) finalmente, después del tiempo, uno entiende que era una manera, desde la tradición muisca, de cuidar a las mujeres”.

También recuerda lo que la abuela decía del después del parto: que la mujer tenía que alimentarse muy bien, no recoger fríos, no tener rabias, y amamantar al bebé, porque la leche “era como su defensa, era su cuido”.

Que ese camino también era el suyo tardó en llegar. “Uno al comienzo duda en el camino”, explica. “¿Y por qué duda? Porque uno a veces dice, ¿será que sí tengo como ese don, esa esencia?”. Creer en el don no es fácil, dice, porque “creer en eso es mirarse para adentro”, sanar las propias heridas: “igual somos humanas, nos enfermamos, tenemos dolores en el corazón, tristezas”.

Ya había empezado a aprender en la comunidad, con el abuelo Ignacio, la abuela Blanca y otros médicos tradicionales. Con el abuelo Ignacio aprendió a acomodar caderas en los niños y a hacer sobos de corrección de columna, y más adelante a acomodar al bebé dentro del vientre y a saber dónde está su cabeza. Aun así, le sacaba el cuerpo a la medicina. Entre 2009 y 2010, cuando era gobernadora, fue con su comunidad a La Guajira, a un encuentro con los pueblos de la Sierra. En la playa, Manuel Socha, el mayor de Chía, le dijo a la mamá de Miryam: "Dígale a Miriam que deje de esquivarle el camino de la medicina, porque ella ya tiene que sentarse, ella le ha sacado el cuerpo a la medicina y ella tiene que hacer su camino". Su mamá se lo contó. Miryam le respondió que no, que era cuidar la vida del otro y que esa era una responsabilidad muy grande: "recibir esa nueva semilla, que la madre esté bien, que el niño esté bien, que la familia esté bien".

Después vino la Escuela, con Yuli, y trabajaron juntas un buen tiempo. "Aprendí con ellos un montón", dice. Yuli se reía de ella y le decía que era "bruja natural".
Con los años descubrió algo que le parece bonito y no fácil de describir: "tus manos leen el cuerpo del otro, o tu espíritu lee el cuerpo del otro". Decirle después a la persona "mira, veo esto, leo esto, encuentro esto, estás así" es como desnudar el propio espíritu, y por eso hay que hacerlo muy sutilmente.

A mirar a la gente por los ojos también se lo enseñó la abuela. "Yo leo a la gente realmente por los ojos, porque los ojos son el espejo del alma". Cambian el brillo, la expresión, la postura. La abuela decía "mire, mire, se le ensanchó la cadera", y cuando uno las mira se da cuenta de que están más anchas, aunque a primera vista no se note. "El espíritu le dice: mira, esta está preñada".

Hoy prepara a las mujeres que quieren gestar con medicinas, emplastos, cuidados y tejido. Hace sobos, acompaña a la familia y teje la cona para la placenta. Acompaña antes, durante y después, y ha hecho varias siembras de placenta. Hace unos dos años, en su última visita a Iguaque, una mujer de la comunidad había llevado su placenta sin avisarle. En plena ceremonia en la laguna llegó uno de los mayores, Manuel, y le dijo que la necesitaba: "necesito que acompañes a esta madre para que hagas el rezo y la siembra de la placenta". Las tomaron por sorpresa, cuenta, "pero pues igual hicimos el trabajo".

Es un oficio en el que a veces no se sabe cómo termina. Hace un tiempo, una mujer le dijo que no lograba quedar embarazada. Miryam le hizo sus terapias, sus trabajos, su preparación, y no volvió a saber de ella. Este año una muchacha la llamó.

Era amiga de esa mujer, que la había referido, y le contó que la amiga ya tenía una niña de cuatro años. “Es que tú le hiciste el trabajo de preparación de vientre y ella hizo todo el trabajo que tú le mandaste, ella se preparó y ya tiene la niña”. Miryam no sabía: “ella nunca me dijo si tuvo bebé o no, porque se desconectó”. “Uno atiende y pues no vuelve a saber”, dice, y espera que toda la medicina y el trabajo que hicieron juntas le hayan funcionado.

Su mayor reto, dice, es el posicionamiento de la partería.

“A veces nos siguen viendo como las hierbateras, como las que preparan a las mujeres, como las que reciben a los niños, pero no como la labor tan bonita y tan profunda que tiene conectar uno con esa nueva semilla, cuidar a la madre, trabajar con las plantas”.

En Suba ve muy pocas mujeres formándose como parteras, y por eso les ha pedido a los sabedores que se cree y se prepare una escuela de parteras en la comunidad, para que las generaciones que vienen puedan aprender esa labor y no se pierda, “porque hay mucho conocimiento de plantas, de cuido, de acompañar”.

La partera respeta las decisiones de la mujer, insiste. Si una mujer decide ser madre soltera, o decide no continuar un embarazo tras haber sido violentada, la partera la acompaña. “No es fácil, porque me estoy confrontando, porque yo soy la mujer que camina hacia la vida”, dice. “Pero también ahí está el respeto de las decisiones que tienen las mujeres”.

La despedida también hace parte del oficio. Para su comunidad, dice, venimos del mundo espiritual, transitamos al mundo físico y volvemos al espiritual cuando cumplimos la misión de vida. “Es el ciclo normal de la vida, porque a nosotros nos preparan para la vida, más no para la muerte”. El duelo es complejo, y ella lo acompaña con consejería, palabra, medicina y ceremonias de mortuoria. Para su comunidad, sembrar una placenta es también hacer la ceremonia de mortuoria de esa placenta que acompañó al ser humano y que ahora alimenta al territorio. Otra herramienta que usa mucho es el tejido: la persona se sienta a tejer y entrega el duelo “a padre y a madre”.

Preparar el vientre

Sobos, caldos, vapores y la lectura de los ojos

Antes de que una mujer quede embarazada, o apenas lo descubre, las parteras le preparan el cuerpo. Miryam cuenta que su abuela lo hacía con caldos de gallina o de pajarilla, vapores de plantas para ayudar a la dilatación, sobos en la barriga para acomodar al bebé, peinados y agua de brevo. Diana recuerda que su mamá derretía la gordura de la gallina criolla y la mezclaba con manzanilla para hacer los ungüentos que se aplicaban en las barrigas de las mujeres. Entonces no había la variedad de aceites que hay hoy y se trabajaba con sebo de chivo, con la gordura de la gallina y con las plantas del jardín.

Antes de cualquier preparación, la consulta

En la comunidad, la atención empieza por la conversación. La partera abre una historia de vida, un documento de la comunidad que se guarda de manera privada y que recoge los datos de la persona, sus antecedentes y el motivo de la consulta. Después viene la consulta propiamente dicha, en la que se escucha, se observa y se lee el cuerpo. Miryam lo describe así: “Los ojos son el espejo del alma, entonces uno lee ese brillo, esa expresión”. Se miran los ojos, la postura, el tamaño de las caderas, y de esa lectura sale un camino: qué baños, qué vapores, qué sobos, qué plantas.

La partera no trabaja sola con las plantas. En el pensamiento muisca el cuerpo se equilibra con los cuatro elementos. La tierra se trabaja con emplastos de barros y arcillas del territorio. El fuego, con calor directo y aceites calientes. El aire, con soplos de tabaco y sahumerios. El agua, con baños, vapores de sudoración, tomas, purgas y jarabes.

Lo que se hace con las manos

Los sobos son masajes tradicionales con aceites naturales que acomodan los huesos y preparan el cuerpo para gestar y parir. Los emplastos son aplicaciones de plantas medicinales o de barros medicinales sobre el cuerpo. Las terapias de útero, de vejiga, de seno con totumos y de fuego para los senos durante la lactancia hacen parte de la medicina de mujer que la comunidad ha ido recuperando.



Dos plantas de la preparación



Altamisa:

Se usa cuando la matriz está fría o se mueve. Se baña con ella, en la noche, siguiendo las indicaciones de la partera, y puede combinarse con otras hierbas calientes como albahaca, hierbabuena y cidrón para dar calor y aliviar los cólicos causados por el frío. Para el dolor de cabeza se pone una hoja en la frente o se hacen fomentos tres veces al día, de preferencia en la noche.



Brevo:

El agua de brevo con que la abuela de Miryam preparaba a sus primas antes del parto sigue viva en la memoria de las familias. El brevo se utiliza para el dolor menstrual y los mezquinos.

En la medicina ancestral, el cuerpo de la Madre es un territorio sagrado que se escucha, se lee y se respeta. El acompañamiento de las parteras tradicionales y sabedoras va más allá de lo físico: es un diálogo con el espíritu y las emociones de la mujer. A través de las plantas medicinales y los saberes de la partería propia (como los sobos para acomodar la vida, los baños herbales, los emplastos de la tierra, los sahumos que limpian el aire y los rezos que sostienen el alma) se teje un camino de cuidado único y profundo para cada gestación.

Y tú, ¿cómo estás escuchando el llamado de tu cuerpo? ¿Recuerdas los saberes de las mujeres de tu linaje para cuidar la gestación, el parto y el posparto?

Consejo de las Mayoras. Conversa con las abuelas, madres o tías de tu familia; indaga en los secretos y prácticas que ellas guardaban para cuidar el vientre, el parto y la cuarentena (posparto). Si sientes el llamado, busca el cobijo y la guía de una partera tradicional. Activar la memoria de tu linaje y confiar en la medicina de las plantas es reconectarte con la fuerza de la Madre Tierra.

La niña que miraba y callaba

Biografía de Diana Garibello Alarcón

Diana Garibello Alarcón tiene 49 años y es indígena muisca de Bosa. Su camino empezó detrás de su mamá. “Dicen que uno nace con eso en el ADN”, cuenta, “también de su linaje”. De todos sus hermanos, ella es la que quería. Iba con María Elena a las casas de las mujeres a las que acompañaba, a veces a una cama, a veces a un colchón en el piso, porque eran familias con muy pocos recursos. Ahí aprendió a observar y a callar: “mientras ella está haciendo un arreglo, uno calla, porque se interrumpía ese proceso”.

Aprendía con los ojos y con la nariz. Veía qué plantas escogía su mamá, cómo las ordenaba, cómo las sangraba. En esos años no había la variedad de aceites que hay ahora. Cuando se sacrificaba una gallina para comer, María Elena guardaba la gordura de la gallina criolla, la derretía y con eso preparaba los ungüentos. Sacaba el extracto de la manzanilla sin dejarlo quemar. Llegaba a las casas con atados de plantas, “malocos de plantas”, como los llama Diana. La conversación, después, caminando de vuelta: “Siempre que era una consulta, terminábamos las dos hablando de esa visita, de cómo yo la veía. Así también se aprende”. Si algo se escapaba, al día siguiente llamaba por el teléfono fijo, o mandaban el recado por el parlante.

Las casas de entonces tenían jardín. “Había el brevo, la ruda, la yerbabuena, la caléndula”, y una señora, cualquiera, decía “venga, voy a hacer agua”, y la hacía ahí mismo. Ya no. Diana ha aprendido a ingeniárselas: les cuenta a las familias qué planta es, para qué sirve, y las invita a comprarla, a secarla, a tenerla. “Ya cuando uno va, tienen las plantas. El aprendizaje se está dando”. No todos entienden el oficio, y a las parteras las han llamado hechiceras. Diana cree que a uno le toca llegar y presentarse, decir de dónde es y quién es, para que la mujer sepa que va a estar con alguien de confianza.

Le habría gustado estudiar medicina. “No hubo los recursos, nunca hubo esa posibilidad”. No se sintió rechazada, dice, sino que buscó otra forma de responder al llamado que tenía.

A los veinticuatro, veinticinco años se quedó quieta. Tenía pareja, tenía un hijo, y puso su atención en el hogar. Entretanto su mamá empezó a participar más en la comunidad, y Diana la acompañaba a las reuniones y ayudaba con los papeles. Así volvió, poco a poco, al Cabildo. Conoció al Qusmhuy, la casa ceremonial, y allí empezaron las noches de trasnocho y de medicina. No fue fácil. “Yo veía las malocas en los libros y decía: yo no soy de las Amazonas, ese no es mi bollo”.



Una noche, en el chunsua, la casa de los hombres, la medicina le cayó mal desde el comienzo. “Yo sentía que me iba a morir. Sentía que el chunsua se encogía, se agrandaba, se subía el techo, se bajaba”. Salió a vomitar, a orinar, a todo lo que produce la medicina, que limpia y que nutre el espíritu. Cuando volvió a sentarse, un mayor de la Amazonía se le acercó y le dijo que tenía miedo. Le dijo que ese día debía elegir y que tocara el madero que ardía ahí. “Yo soy mujer fuego”, cuenta ella. Agarró el madero. En una fracción de segundo vio una figura formarse y, enseguida, volverse jaguar y desvanecerse. Se le fue todo el malestar. El mayor le dijo que lo que había pedido se le iba a dar y que esa noche la visitarían espíritus. Hasta ese momento, dice, todavía dudaba. “Yo siento que esos son momentos únicos en mi vida, que me marcaron fuertemente para saber si también era mi camino”.

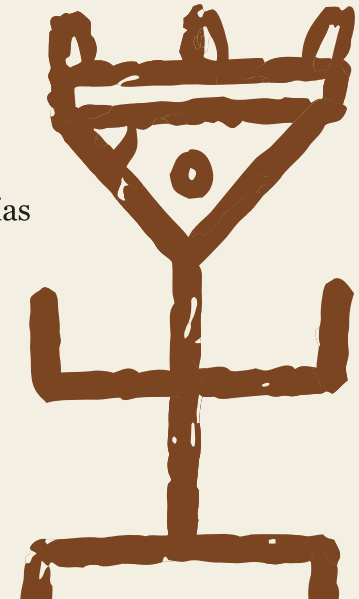
Elegir el camino tuvo costos en su vida familiar, que ella cuenta con una calma que se ve trabajada. No quiere extenderse en eso. Sí cuenta lo que encontró del otro lado: compañeros de medicina que la abrazaron en un momento difícil, “que me protegieran las medicinas, que transformaran”. También que, desde entonces, la Guajaia, la madre muerte, aparece en su vida, y que ha aprendido a hacer acuerdos con ella.

Hubo un momento en que estuvo a punto de dejarlo todo. Había acompañado un embarazo que terminó en pérdida, y la muerte de esa vida pequeña la golpeó con una fuerza que no esperaba. Pasó un tiempo sin atender a nadie, hasta que se sentó con las otras parteras y les confesó lo que había pasado.

Le dijeron que la necesitaban. “Volvieron esas palabras que me dijo una vez un mayor en el Qusmhuy: las mujeres la necesitamos”. Volvió.

Cuando una mujer embarazada llega a verla, a veces ni sabe que lo está. Diana mira su cara, su cuerpo, el miedo. En la camilla pide permiso. “Siempre le pido permiso al cuerpo, a la matriz, al útero, porque están todas sus ancestras ahí, su linaje. La matriz es otro corazón, porque obviamente palpita”. Siente la conexión entre los senos, el ombligo y la matriz. Las que llegan radiantes se notan y se notan las que llegan sin brillo, cansadas, como pensando “y ahora qué voy a hacer”. “Uno siente que cuando lo buscan es porque algo necesita: un consejo, un cuido, una guía, un acompañamiento sin reprochar”.

Lo que más le gusta es hacer domicilios. Quiere ver la casa de la mujer, su cocina, su silla, su cama, su cobija, su baño, porque cree que la mujer parte mejor en su territorio. Algunas se preocupan antes de la primera visita, porque se imaginan algo muy chamánico, una cabeza de jaguar, hierbas colgando por todas partes. Les dice que no, que va con sus plantas medicinales. Cuando Diana no puede llegar, manda a la mujer con otra partera de confianza. “Somos pocas, pero todas nos unimos. Ella es como si fuera yo y yo como si fuera ella”. Con el tiempo, las mujeres se convierten en amigas y se vuelven parte de la familia. Acompaña los cuarenta días del posparto, y después el primer año, el segundo, el tercero.



No hace preguntas de más. “No me interesa su orientación sexual. Usted necesita una ayuda”. Hay quienes le han dicho que es el último recurso, y ella responde que, si llegaron hasta ahí, es por algo. Hace preguntas fuertes durante la gestación, “para despertarlas”: si estaban preparadas, si el bebé fue deseado. Pero la decisión es de cada quien, y se lo dice.

Si le preguntan qué tiene de insustituible lo que hace, no habla de plantas. “Los libros no le van a decir cómo va a llegar su primer cambio de luna. Un YouTube, la inteligencia artificial, no le van a decir cómo manejar una mortuoria, cómo vamos a acompañar a alguien que va a morir. Eso lo hacemos las parteras”. Cuenta que ella misma, cuando esperó a su hijo, se preparó con todo lo aprendido y lo puso en práctica durante días, y que al final tuvo que ir al hospital. “Ya no hubo más que hacer. Pero ahí uno le pone también ese conocimiento, y esa seguridad de que usted sí lo puede hacer. Y si yo no lo hago, y si no lo hace usted, ¿entonces quién lo hace?”.

Gestar en cuatro lunas

Consultas, llamado al nuevo y parto en casa

Para las parteras de la comunidad muisca, el embarazo se vive en cuatro lunas. La luna nueva es el primer trimestre. La luna creciente, el segundo. La luna llena, el tercero. Y la luna menguante es la dieta, los cuarenta días después del parto. Madre Bachué acompañaba esas cuatro lunas, y se entiende que acompaña también hoy. El compañero de la mujer cuidaba los aspectos físicos y espirituales, y escuchaba, con atención profunda, los mensajes y los conocimientos que la madre en gestación traía para la familia.



Primer trimestre *Segundo trimestre* *Tercer trimestre* *Dieta*

Las consultas

Una o dos veces al mes la partera visita o recibe a la mujer. Con los sobos, la lectura del territorio, que es el cuerpo de ella y la consulta espiritual se define una ruta de acompañamiento según lo que necesite en lo físico, en lo emocional y en lo espiritual. Según el caso, hay baños, vapores y emplastos con plantas del territorio; soplos, sahumerios y limpiezas; sobos y masajes con aceites naturales para acomodar los huesos y preparar el cuerpo para el parto; y cantos y rezos tradicionales.

Diana prefiere ir a la casa de la mujer. Quiere ver cómo vive, cómo es su cocina y su cama, cómo se cuida y la cuidan. Y a los ocho o nueve meses hace una consulta más, porque entonces ya sabe, dice, cómo va a parir.

Las sesiones en grupo

Además de las consultas individuales, las parteras ofrecen sesiones para las mujeres gestantes y sus compañeros. Allí se habla de los cambios físicos, emocionales y espirituales de la gestación, de los cuidados tradicionales, de masajes relajantes, de la maternidad vivida desde el cuido, del vínculo con el bebé antes de nacer, del parto, de la placenta, de la dieta, del plan de parto y de la lactancia. Se hace círculo de palabra, y se teje la mochila o el moyo en que se guardará la placenta.

La ceremonia de llamado

Antes del nacimiento, la familia puede hacer una ceremonia de llamado al nuevo ser. Se comparte comida y palabra de consejo, se hacen trabajos espirituales que nutren de compañía y de amor a la madre y a la familia. Al bebé se le avisa que ya todo está listo para su llegada, se baila y se canta en familia al ritmo del tambor, con pensamiento bonito, llamándolo a él y a su madre para que estén listos para el parto. Se le dice que se le quiere, que se le espera y que se le respeta profundamente.
Así se le abre el camino a quien va a llegar.



El parto en casa

Cuando llega el momento, la partera va a la casa de la mujer. En el trabajo de parto sostiene sus emociones con respiraciones, sahúmos, masajes, caricias, cantos, baños y comida. Lo hace con una idea clara, que se repite en todas las voces: la mujer sabe parir y lo hace con la misma fuerza de las mujeres ancestrales de su linaje. La partera cuida el momento, da seguridad y tranquilidad, y respeta sus ritmos, sus lloros, sus rezos, sus gritos y su dolor. Interviene lo mínimo.

Cuando nace el bebé, se le recibe con cantos tradicionales. Se festeja, se baila, se come, y se facilita el contacto inmediato del bebé con su madre. Las parteras lo dicen con una frase: si eres bien recibido en tu parto, nunca te sentirás perdido, ni solo, ni rechazado. Por eso la manera de recibir a una persona no es un asunto privado de la familia. En cómo nos reciben, dicen, nos estamos construyendo como sociedad.

Un parto en casa necesita saber cuándo pedir ayuda

Las parteras de la comunidad también acompañan partos en clínica. María Elena llevó a la madre y al bebé de su primer parto directo al hospital; Diana, que se había preparado durante días para parir en casa, terminó en el hospital cuando ya no había nada más que hacer. En esta tradición, la medicina propia y la medicina occidental no se oponen. Una partera debe saber cuándo una mujer necesita atención médica urgente. Cada gestación es distinta. Si hay sangrado abundante, fiebre, un dolor que no cede, ausencia de movimientos del bebé o cualquier señal que preocupe a la partera o a la familia, se acude sin demora a un servicio de urgencias.

Lo que dice la ley

Derechos al gestar y al parir

La Ley 2244 de 2022, o Ley de Parto Digno, Respetado y Humanizado, reconoce que toda mujer en Colombia puede:

- Recibir una atención que respete sus costumbres, valores y creencias (art. 4, numerales 1 y 2).
- Presentar un plan de parto: un documento en el que dice cómo quiere ser atendida (art. 4, num. 11).
- Moverse libremente, parir en posiciones verticales y decidir cómo manejar el dolor (art. 4, num. 12).
- Recibir atención con prácticas ancestrales de comunidades étnicas, en el lugar que elija, siempre que se garantice su salud (art. 4, num. 14).
- Estar acompañada al menos por una persona de su confianza durante el embarazo, el parto y el posparto, sin que se le cobre por ello (art. 4, num. 16).
- Recibir su placenta si lo desea, siguiendo las recomendaciones de salud para su transporte (art. 4, num. 26 y art. 5).

La ley también ordena al Estado promover la formación de parteras y respetar su quehacer y sus creencias (art. 11).

El día del parto

Derechos, tiempo, intimidad, aguas y movimiento

El nacimiento es un rito sagrado donde el cuerpo de la Madre se abre como la xiua Iguaque para dar paso a la vida. Desde la tradición, se respetan los tiempos del cuerpo y el espíritu, entendiendo que cada mujer tiene su propio ritmo y su propia fuerza. El trabajo de parto se custodia en un espacio de absoluta intimidad, silencio y calor, libre de afanes o ruidos externos, permitiendo que la mujer se conecte con su instinto primordial y con la sabiduría de sus ancestras.

Y tú, ¿sentiste ese cobijo, respeto e intimidad sagrada en el momento en que se abrió tu cuerpo para dar vida?

Consejo del fogón de las abuelas. Recuerda que tienes el derecho soberano de habitar tu parto con dignidad y respeto. Infórmate sobre el parto humanizado y tus derechos legales. Crea y presenta tu Plan de Parto: una palabra escrita que deje claro cómo deseas que sea custodiado tu cuerpo, tu intimidad y el nacimiento de tu hijo, asegurando que se honren tus decisiones en cualquier espacio de salud.

La vida tiene su propio tiempo de maduración; la fruta no cae del árbol hasta que está lista. La ciencia médica y la partería tradicional coinciden en que la gestación puede florecer con seguridad hasta la semana 42, siempre que el latido del bebé y la fuerza de la Madre caminen en perfecto bienestar. Forzar la salida de la semilla antes de tiempo apura un ciclo sagrado. La inducción artificial rompe el ritmo natural del cuerpo y, a menudo, conduce a partos difíciles o cesáreas que se pudieron evitar con paciencia y respeto.

Y tú, ¿en qué luna o semana de gestación diste a luz? ¿Tu cuerpo despertó al parto de forma natural o necesitaron encender tu fuego con una inducción?

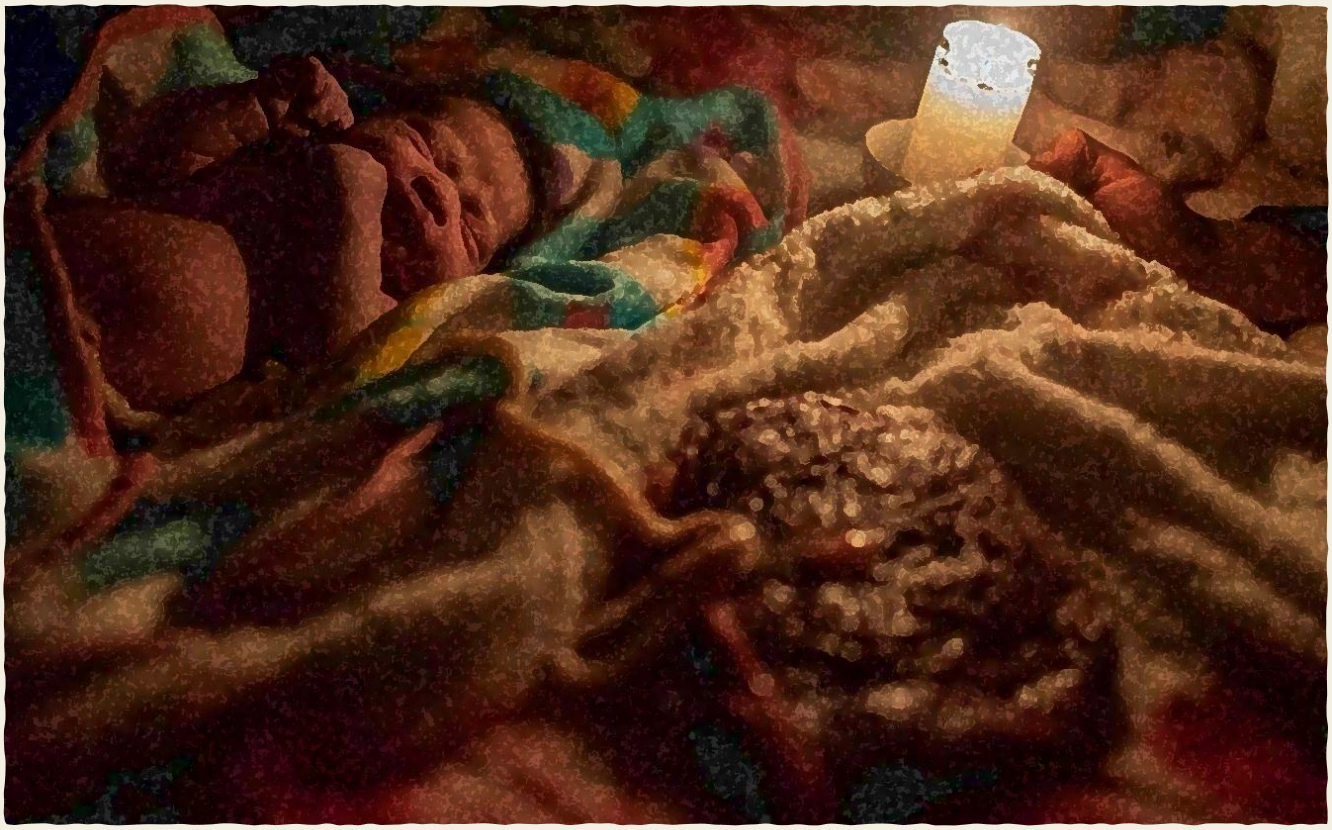
Consejo de las parteras. Habla con tu ginecobstetra, partera o doula de confianza y construye acuerdos claros. Infórmate a fondo sobre los riesgos de las inducciones médicas innecesarias y abraza la paciencia en las últimas semanas. Tu cuerpo y tu bebé saben cuándo abrir el camino; permite que la naturaleza guíe el día del encuentro y protege tu derecho a una espera respetada.

El nacimiento es un proceso sagrado y vital donde el cuerpo está completamente abierto y expuesto; por eso, requiere un nido de absoluta intimidad, silencio, oscuridad y calor, permitiendo que la mente se apague y el instinto salvaje guíe el camino.

El nacimiento es un proceso sagrado y vital donde el cuerpo está completamente abierto y expuesto; por eso, requiere un nido de absoluta intimidad, silencio, oscuridad y calor, permitiendo que la mente se apague y el instinto salvaje guíe el camino.

Y tú, ¿reconoces esa fuerza salvaje en ti? ¿Por qué crees que parir nos conecta con el latido de todos los seres mamíferos de la Tierra?

Consejo de la Hytscha Guaia. Detente a observar a los animales a tu alrededor cuando van a dar a luz: buscan el rincón más escondido, la sombra y el silencio. El parto comparte los mismos canales, hormonas y misterios que el acto de hacer el amor. Exige y construye un espacio de intimidad sagrada para tu nacimiento; protege tu nido de las luces altas, los ruidos y las miradas extrañas para que tu experiencia de parto sea un regreso consciente a tu propio poder.



Un nido de intimidad, silencio, oscuridad y calor: el recién nacido a la luz de una vela. Fotografía: Sebastián Coronado.

El momento del nacimiento es el cruce del umbral más sagrado: la vida se asoma al mundo. Desde la tradición, el pujo no se apresura, no se grita ni se dirige con afán. Se aguarda con paciencia profunda a que la Madre y el bebé, en su perfecto acuerdo espiritual, sientan el llamado natural de la Tierra que los empuja a encontrarse. Es un latido mutuo donde el cuerpo de la mujer, guiado por su memoria instintiva, permite que el ser brote de forma orgánica, resguardando siempre con amor, cantos y cuidado el bienestar y la fuerza vital de ambos.

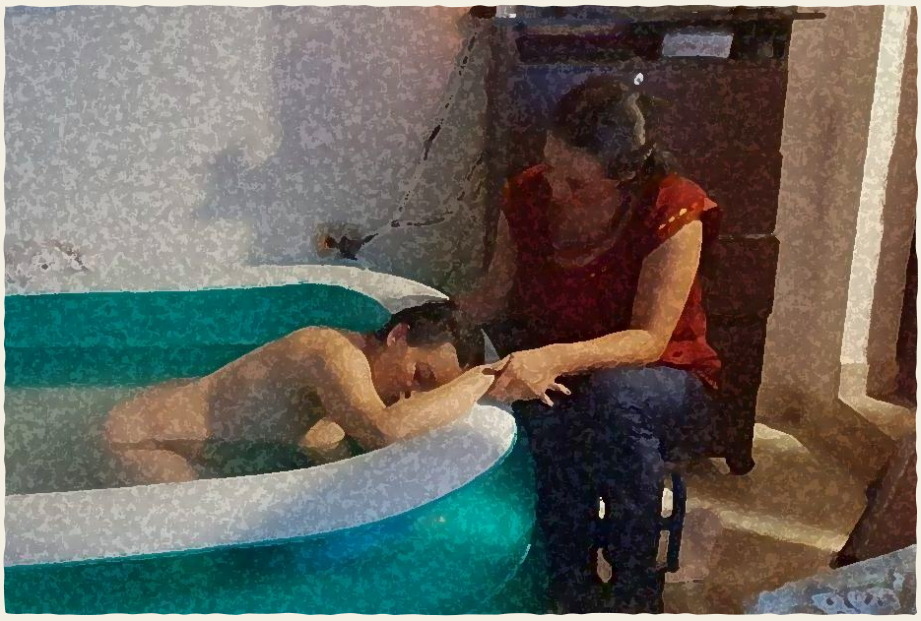
Y tú, ¿cómo viviste ese instante en que la vida asomó? ¿Pudiste escuchar el llamado natural de tu cuerpo en tu expulsivo?

Consejo de las aguas de la vida. Nutre tu gestación con espacios de silencio, respiración profunda, yoga o meditación. Estas prácticas no son solo para el cuerpo; son hilos que te conectan con la naturaleza infinita y salvaje de tu ser. Al habitar tu respiración hoy, siembras la confianza que mañana guiará tu cuerpo para abrirse paso, entregándote a tus aguas del parto con la certeza de que tu sabiduría interna sabe exactamente cómo parir.

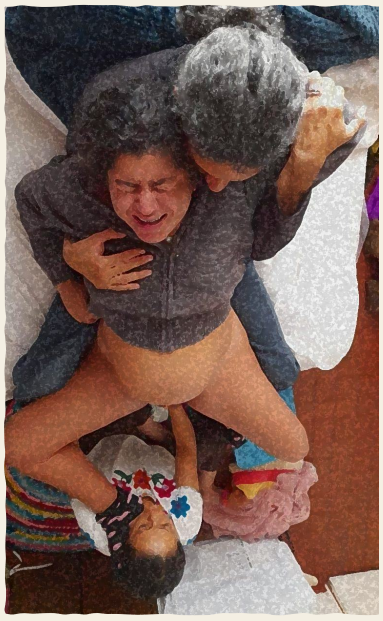
Parir de pie, de rodillas o en cuclillas es una costumbre milenaria que honra el diseño perfecto del cuerpo femenino. Desde la sabiduría de las abuelas, el movimiento libre es el mapa que guía el nacimiento, y las posturas verticales son el canal natural para recibir la vida. Al alinearse con la fuerza de gravedad de la Madre Tierra, el canal del parto se expande, permitiendo que el bebé descienda en espiral con mayor fluidez y suavidad, acortando los tiempos y protegiendo con amor el tejido sagrado del suelo pélvico.

Y tú, ¿cómo habitaste tu cuerpo en ese instante? ¿Pudiste moverte en libertad o qué postura elegiste para abrazar el nacimiento de tu hijo?

Consejo del asiento de parto. Conversa con tu ginecobstetra o partera sobre tu deseo de parir en una postura vertical o con libertad de movimiento. Recuerda que tu cuerpo no es estático y que la gravedad es tu aliada más antigua. Defender tu derecho a elegir la posición que te dicte tu instinto es asegurar un nacimiento más amable, eficiente y respetuoso para ti y para la semilla que llega.



Trabajo de parto en el agua, en casa, con la partera al lado. Fotografía: Yuli Chiguasuque.



La mujer, sostenida por su compañero, en una posición vertical durante el trabajo de parto. Fotografía: Yuli Chiguasuque.

Mirar por las rendijas

Biografía de María Isabel Neuta Tunjo

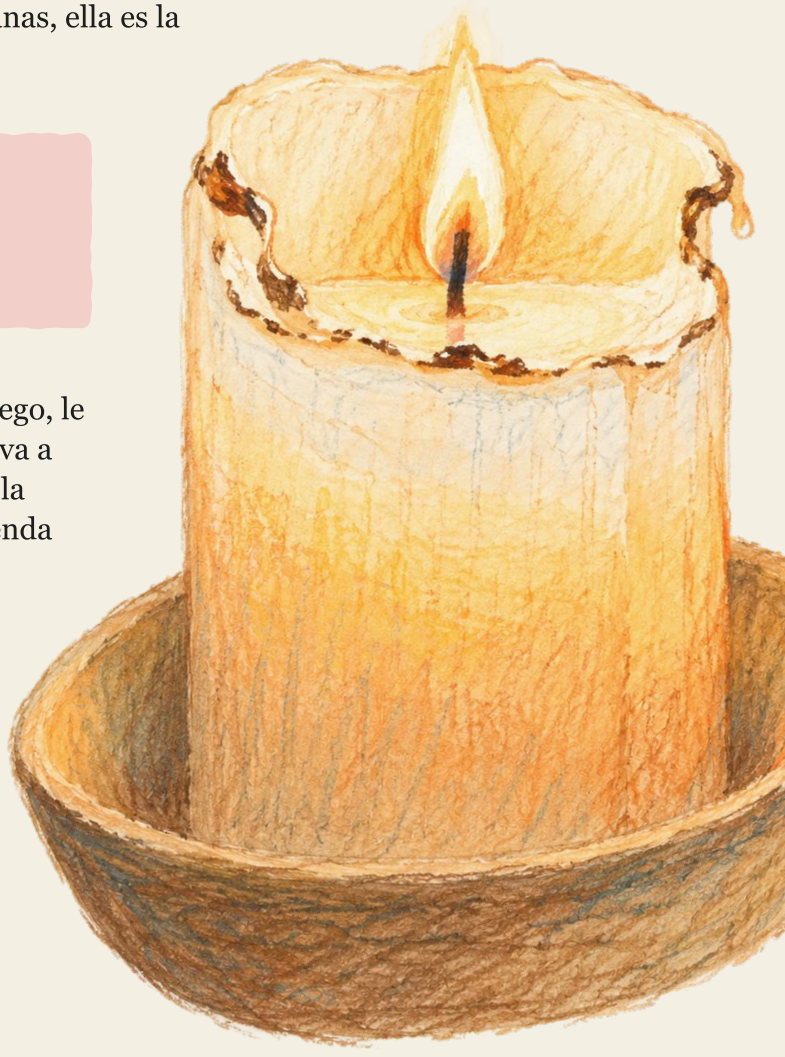
María Isabel Neuta Tunjo nació el 19 de junio de 1955 y pertenece al clan de los chivos de la comunidad muisca de Bosa. La recibió doña María Pantano, la partera de la vereda. Desde niña, dice, sintió una curiosidad grande por los nacimientos y por las muertes. La casa de su infancia era de bareque, paja y caña. Cuando doña María llegaba a atender un parto, pedía que le alistaran agua caliente, plantas medicinales y costales. A la niña no la invitaban, era una niña, y entonces miraba por las rendijas todo lo que pasaba.

Cosió durante décadas. La comunidad la conoce como costurera desde hace más de treinta y cinco años. Un día un taita le preguntó cómo iba espiritual y personalmente, y ella le habló de la vida que había hecho con la aguja. Él le dijo: “Esta no es su misión. Con el tiempo se lo dirá”. Isabel descubrió después que una cosa era el trabajo y otra la labor, y que la labor era acompañar.

La entrega, cuenta, fue dura. “Me dieron esa medicina y yo estaba arrodillada, y yo sentía como las benditas almas quemándose, yo me quemaba y me quemaba. Fue terrible. Dije que me iba. Pero me entregaron lo del seno, me entregaron el totumo”. De ahí en adelante, dice, “me fui apoderando más y más, y ahí estoy”. De siete hermanas, ella es la única partera.

“La partería es un don. No todas tenemos esa sabiduría”

Cada consulta empieza con una velita. Prende un fuego, le pide permiso al cielo y al espíritu de la persona que va a atender, y con las manos empieza a leer: la tristeza, la angustia, lo que pesa. Lo suelta con sobos y recomienda preparaciones con plantas medicinales. A las aprendices de partería les dice dos cosas: que escuchen muchas historias de vida de mujeres, para desarrollar la empatía, y que escuchen su propósito de servicio.



La abuela placenta

Cómo se recibe, se lee y se siembra



Después del bebé nace la placenta y la tradición muisca la llama abuela: la que cuidó y nutrió al bebé durante los nueve meses. No se la toca ni se la apura. Se espera a que nazca sola y se la recibe con profundo respeto, como a un ser espiritual. Las parteras de antes pedían trapos para recogerla en un costal y buscaban para ella un lugar especial, un lugar tibio.

Con la placenta se lee. Los mayores dicen que en ella se ve la energía del ser que llegó y el servicio que trae para su familia, su comunidad y su territorio. En el pueblo muisca, la lectura de la placenta permite anticipar que una persona será líder, algo que lo distingue, cuentan, de otros pueblos indígenas. De ahí nacen los gobernadores, los médicos tradicionales, las parteras.

La siembra

Cuando la madre termina la dieta se hace la ceremonia de siembra de la placenta. La placenta se entierra en el territorio como agradecimiento a la Hystcha Guaia, la Madre Tierra, por haber materializado a un nuevo ser. Así el niño o la niña queda arraigado: sabe de dónde viene y su cuerpo y su espíritu quedan protegidos por la tierra.



Para Miryam, sembrar una placenta es hacer una mortuoria para esa abuela que acompañó al ser humano y que ahora viene a alimentar el territorio.

La placenta vuelve a la tierra: siembra junto a una quebrada, con el niño mayor participando. Fotografía: Yuli Chiguasuque.

La placenta se guarda o se entierra según la familia. Si el niño se enferma, no se le corrige: se hace un trabajo espiritual con la placenta, se revisa si está ordenada, se mira dónde quedó enterrada y si ese sitio es sagrado. Después se hace una ceremonia en ese lugar para que el niño se redireccione, o se sane, o su familia encuentre palabra de consejo.

Muchas familias han perdido esa conexión. Los mayores lo dicen sin rodeos: hay una generación desconectada de su sentido de pertenencia al territorio y se nota en que a veces se destruye lo comunitario porque no se siente propio.



Lectura de la placenta: las manos de las parteras recorren la placenta sobre una vasija. Fotografía: Yuli Chiguasuque.

Lo que se teje para la placenta

En las sesiones de preparación al parto se teje la mochila o el moyo donde irá la placenta y se teje la cona. Hay también cantos de placenta y una medicina placentaria, que las parteras hacen con rezos, canto y danza cuando hace falta.

Miryam recuerda uno de esos casos. Una compañera, que trabajaba con medicina propia, dio a luz a un bebé de siete meses. El niño estaba mal de los pulmones y le daban pocas esperanzas. La madre tenía la placenta guardada en frío. Entre la abuela, otra partera y Miryam le cantaron, le rezaron y le bailaron a esa placenta, la calentaron, hicieron todo el trabajo. “El niño estaba más para el otro lado, estaba a punto de que el agua se lo llevara”, cuenta, y se recuperó.

El cordón y la placenta son el árbol de la vida, la raíz sagrada que sostuvo el alma y el cuerpo del bebé en el mundo del vientre. Desde la sabiduría de las abuelas, el cordón umbilical no se corta con prisa; se aguarda con respeto profundo a que deje de latir por completo, permitiendo que el último aliento de sangre, hierro y fuerza vital sea entregado en su totalidad a la semilla que ha llegado. Asimismo, el alumbramiento de la placenta se espera con paciencia amorosa, honrando sus propios tiempos fisiológicos, pues ella es la compañera sagrada de camino que merece ser despedida con gratitud y devoción.

Y tú, ¿pudiste esperar el último latido del puente que te unía a tu hijo? ¿Cómo fue el nacimiento de tu placenta, esa raíz que nutrió la vida?

Consejo del árbol del origen. Incluye en tu plan de parto la petición sagrada del corte tardío del cordón (hasta que deje de latir) y el respeto al tiempo de tu placenta. Infórmate sobre la importancia de este proceso: el bebé recibe hasta un 30% más de su propia sangre, protegiéndolo de la anemia. Recuerda que la placenta es sagrada; puedes pedirla para sembrarla bajo un árbol nativo junto al cordón, devolviendo a la Madre Tierra el territorio que protegió a tu hijo en tu interior.



El recién nacido y su placenta, que espera su tiempo a un lado. Fotografía: Yuli Chiguasuque.

Parir desde lo simple

Biografía de Yuli Chiguasuque

Cuando Yuli quedó embarazada de su segunda hija, tuvo una sensación extraña, de esas que no se pueden explicar. No quiso asistir a ningún espacio médico. “Sentía que yo estaba bien y que la confianza en mi cuerpo iba sosteniendo mes a mes mi gestación”.

Hacia los cinco meses conoció a una partera de otra comunidad, y ahí entendió por qué se sentía de esa forma. Al escuchar cómo acompañaba, desde el amor, le pidió que guiara su parto. “Fue una de las experiencias más maravillosas de mi vida”, cuenta. Pudo conectar con lo que llama su esencia mamífera, la que “en cada respiro y movimiento” la llevaba a entender la naturaleza de su cuerpo, y parió a su hija “desde lo simple, el acompañamiento desde el amor”.

Ahí, cuenta, “se sembró la semilla en mi corazón de que todas las mujeres deberíamos tener la posibilidad de parir de esta forma y ser acompañadas desde el amor”. En 2011, con el nacimiento de su hija Xiu Zahana, decidió empezar el camino de aprendizaje hacia la partería.

Comenzó acompañando a mujeres a parir a sus bebés en casa. Las observaba conectar con su cuerpo, con su esencia, con una profunda confianza en sí mismas, y en ese instante sintió “en todo mi cuerpo y en mi espíritu” su capacidad de acompañar ese proceso.

La confianza en el propio cuerpo aparece otra vez cuando le preguntan por el mayor desafío de la partería. Habla de una sociedad a la que se le ha arrebatado “la capacidad de autoconocimiento, autocuidado y confianza en su propio cuerpo”.

Desde la partería tradicional, explica, todo está tejido desde los ciclos de las lunas. Esos ciclos van marcando el movimiento de las plantas y los animales, de las aguas, de la tierra y de los seres humanos, y cada gestación se entrelaza de la misma forma. “Las parteras tradicionales cuidamos estos ciclos de las mujeres visitando los territorios, sirviéndonos de la medicina de las plantas”.



María Elena Alarcón, Diana Garibello y Yuli Chiguasuque.

Los cuarenta días

La dieta, el cierre de dieta y los primeros baños del bebé

La dieta es la luna menguante: el tiempo en que la mujer renace como una nueva mujer, madre, esposa o hija. Dura cuarenta días y, para las abuelas, de cómo se viva depende la salud de la mujer en los años siguientes. Se restringen los movimientos y las labores, se come bien, se toman infusiones, se hacen vapores y baños, se cuida la lactancia, se ajustan los huesos y se acomoda el cuerpo con sobos.

Los primeros días

Los primeros días de dieta suelen seguir este ritmo:

Día	Qué se hace
Día 1	Recomendaciones de dieta, masaje con fajada, emplasto y masaje al bebé.
Día 2	Acompañamiento en la lactancia.
Día 3	Masaje tradicional, vaporización y fajada.
Día 4	Masaje tradicional, baño, emplasto y masaje al bebé.

La fajada es envolver el cuerpo con una faja o con trapos. María Pantano fajaba con trapos a los niños que recibía y que se debía estar tres días con el trapo.

Las plantas de la dieta

Tres plantas, con sus cuidados



Manzanilla

En el posparto se usa en baños para desinflamar el cuerpo. Se pueden hacer tres baños de manzanilla durante la dieta, siguiendo las indicaciones de la partera. Después del baño hay que limpiar los senos antes de amamantar, para que el bebé no saboree la planta. La manzanilla dulce se usa además para la cama de hierbas, para limpiar la matriz de frío y prevenir infecciones.



Ruda

En la dieta se usa para limpiar y fortalecer la matriz: la mezclan picada con huevos tibios o con chocolate, para sacar el frío. *No se usa durante el embarazo.*



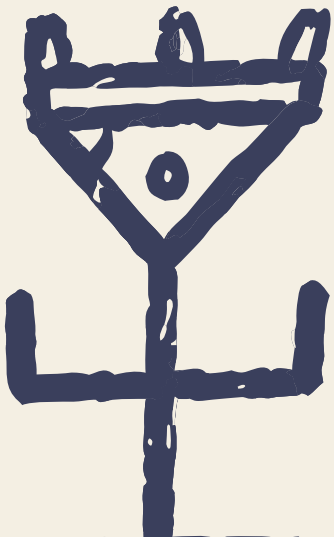
Hinojo y sauce

Aparecen en el manual de salud de la comunidad para el dolor de los senos y la lactancia.

Quién, cuánto y cuándo lo decide la partera.

El día cuarenta

Es el cierre de dieta. La mujer permanece en total quietud y la partera la visita para hacerle masajes de cierre de cadera y de ajuste de huesos, masajes para fortalecer los músculos y una vaporización y un baño para sacar los fríos del cuerpo. Se hace un ritual de cierre espiritual, en el que se agradece a su cuerpo y a su espíritu por haber parido a un nuevo ser en el territorio. Ese mismo día se revisa al bebé y, según lo que lea la partera, se le hace un baño o un masaje para que termine de ser bienvenido su espíritu y su cuerpo al plano terrenal.



Tras los cuarenta días se siembra la placenta. Y si la familia lo desea, la partera acompaña la lactancia exclusiva y hace una ceremonia para empezar la alimentación del bebé con alimentos propios.

El posparto es el tiempo sagrado del regreso al centro, el espacio donde la Madre es arropada por la comunidad para sanar. Desde la sabiduría de las abuelas, tras el nacimiento, el cuerpo de la mujer queda abierto, blando y frío, habiendo entregado su propia energía para dar la vida. La cuarentena es el nido donde se cuida a la par a la Madre y al recién nacido. A través de caldos medicinales que encienden el fuego interno, el uso de mantas para fajar y cerrar la cadera, y los baños herbales de asiento, se devuelve el útero a su lugar, se asienta la mente y se restaura el espíritu de quien ahora sostiene el linaje.

Y tú, ¿tuviste un espacio de silencio y cuidado para habitar tu cuarentena? ¿Permitiste que otras manos te sostuvieran mientras tu cuerpo volvía a cerrarse?

Consejo del fogón del cuidado. Recuerda que el nacimiento de una madre requiere tanto cuidado como el nacimiento de un hijo. Prepara tu posparto con anticipación: organiza una red de apoyo con mujeres de confianza, familiares o una partera para que cuiden de ti. Permítete recibir comida caliente, abrigar tu cuerpo del frío y fajar tu vientre con amor. Honrar este tiempo de descanso profundo no es aislamiento; es la medicina que necesitas para florecer en tu maternidad con salud y equilibrio.

La lactancia es el primer hilo visible de apego, protección y memoria en este plano de la Tierra. Es un rito sagrado donde la Madre se conecta con el orden cósmico para transformar su propia sangre en un río de leche celestial, entregando alimento físico y espiritual a la semilla que ha llegado. Desde la tradición, la libre demanda y los tiempos de la díada son leyes sagradas; el destete no se apresura ni se corta con frialdad, sino que se camina en comunión con los ritmos de maduración del niño, realizando una transición amorosa, sutil y respetuosa cuando el ciclo natural se ha completado.

Y tú, ¿hasta qué luna o edad lactaste a tu bebé, o hasta cuándo sueñas abrigarlo en tu pecho? ¿Cómo imaginas ese rezo de despedida que será el destete amoroso?

Y tú, ¿hasta qué luna o edad lactaste a tu bebé, o hasta cuándo sueñas abrigarlo en tu pecho? ¿Cómo imaginas ese rezo de despedida que será el destete amoroso?

Consejo de la Vía Láctea. Confía con absoluta certeza en tu cuerpo y en la conversación silenciosa que sostienes con tu hijo. No permitas que las voces del afán o los juicios externos dicten el final de tu lactancia. Solo tú, habitando tu instinto, sabrás el momento exacto y la forma dulce en que la semilla estará lista para soltar el pecho y empezar a nutrirse de la palabra y los alimentos de la Tierra. Haz de tu destete un ritual de gratitud.



Las primeras horas: el recién nacido en el pecho de su madre. Fotografía: Yuli Chiguasuque.

Cuando alguien parte

La partera, cuidadora de la otra puerta

Las parteras muiscas son cuidadoras de dos puertas: la que da hacia la vida y la que da hacia el mundo espiritual. Por eso acompañan los nacimientos, y por eso acompañan cuando una persona muere. Siguen con medicina y con rezos el tránsito de la vida a la muerte y cuidan a quienes se quedan.

Miryam lo explica con una imagen sencilla: venimos del mundo espiritual, transitamos al físico y volvemos al espiritual cuando cumplimos la misión. “Es el ciclo normal de la vida, porque a nosotros nos preparan para la vida, más no para la muerte”. Por eso es tan difícil el duelo. Hay duelos por un hijo, por una pareja, por un animal querido, por una casa o un trabajo que se pierden. Todos requieren tiempo, y los acompañan con consejería, con medicinas de planta, con ceremonias.

La mortuoria es la ceremonia con la que se despide a un ser que se va. No es solo para las personas que mueren. Se hace también cuando una mujer pierde un embarazo, cuando decide interrumpirlo o cuando se siembra una placenta. La partera sostiene a la mujer con contención, palabra dulce, plantas, sobos, baños y masajes y hace la mortuoria y el duelo del ser que se fue. En los casos de aborto o de interrupción voluntaria del embarazo, la comunidad respeta la decisión de la mujer y la acompaña con consultas espirituales y familiares, sobos y masajes, infusiones y baños, y una ceremonia de mortuoria.



Miryam trabaja mucho con el tejido. Cuando alguien llega cargando una culpa que no le pertenece, “por mi culpa se murió”, la sienta a tejer y con cada puntada va entregando esa carga a padre y madre. Le recuerda que cada uno toma sus propias decisiones y que cada decisión tiene consecuencias, pero que nadie es responsable de la decisión de otra persona.

Entre las plantas, la comunidad reconoce al toronjil como una planta de mortuoria. Se usa en baños, infusiones y cocimientos para aliviar los nervios y el estrés y la partera lo indica según la consulta espiritual.



PARA CERRAR

Una oscuridad con camino

Epílogo

Mi barriga ya no es luna nueva. Ahora es creciente y las plantas que mi mamá volvió a sembrar en la terraza empiezan a dar hojas suficientes para el primer baño. Hace poco Yuli me dijo que no tenga prisa por entenderlo todo, que gestar es una oscuridad con camino y que lo importante es no caminar sola. Me quedé pensando en la abuela, que tampoco sabía a dónde iba cuando subía a Iguaque con una ofrenda en las manos y en la mujer que salió del agua con un niño de la mano.

No sé todavía si mi hija nacerá en casa o en una clínica. Sé que quiero que la reciban cantando y que su placenta, sea donde sea, se siembre en un lugar que podamos volver a visitar.

Glosario

Palabra	Qué quiere decir
Abos	El universo.
Aseguranza	Ofrenda que se da a una persona para proteger su camino y espíritu.
Ata-ta	Ofrenda al territorio
Bachué	La madre que salió de la laguna de Iguaque y pobló el territorio muisca.
Biohote	Celebración, fiesta.
Bochica	Maestro que trajo a los muiscas el conocimiento del cuidado de la tierra y el trabajo.
Chisua	Mochila grande.
Inzona	Faja tejida. que protege el vientre.
Chunzoa (Chunsua)	Casa de los hombres, según el relato de Diana.
Cierre de dieta	Ceremonia y cuidados del día cuarenta del posparto.
Cona	Mochila pequeña de tejido. Se teje una para guardar la placenta.
Confieso	Conversación sincera, en la medicina muisca, en la que se dice lo que se calla.
Cuca	Casa, casa sagrada.
Descuajo	Malestar que, según la tradición, afecta a niñas y niños y se atiende con sobos.
Dieta	Los cuarenta días del posparto, la luna menguante.

Palabra	Qué quiere decir
Güecha	Guerrero.
Hosqa	Tabaco. Planta poderosa para las parteras, que se usa en limpias y en la medicina.
Huitaca (Huitaqa, Huytaca)	Guardiana de la noche y de la sabiduría de las mujeres.
Hystcha Guaia	La Madre Tierra.
Mortuoria	Ceremonia de despedida de un ser que se va, sea una persona, un embarazo o una placenta.
Muykytá	Nombre del territorio muisca en el que hoy está Bogotá. Traduce campo de cultivo.
Pagamento	Ofrenda que se entrega al territorio en un sitio sagrado.
Pquyquy	Corazón y pensamiento.
Qusmhuy	Casa ceremonial y de aprendizaje de la comunidad. Su centro se llama Tamuy. Las autoras de la cartilla usan la grafía que emplean los documentos del Cabildo.
Sahumerio	Humo de plantas que se usa para limpiar y para acompañar.
Siembra de placenta	Ceremonia en la que se entierra la placenta en el territorio.
Sobo	Masaje tradicional con aceites naturales.
Trasnocho	Noche de vigilia con medicina y palabra, en la que se aprende.
Xiua	Laguna. Vagina.

Algunas plantas de la partería

Planta	Para qué se usa	Cuidados
Altamisa	Matriz fría o que se mueve, cólicos por frío, dolor de cabeza. En baños nocturnos, fomentos y vaporizaciones. También se usa para baños de calma en momentos de tristeza.	Se usa según las indicaciones de la partera.
Brevo	Dolor menstrual y mezquinos. El agua de brevo se recuerda como preparación antes del parto.	Preguntar a la partera qué parte de la planta y cómo.
Caléndula	Torceduras e inflamaciones (infusión para lavar la zona), cicatrizante, crema para el dolor y la piel seca.	Uso externo.
Hinojo	Gases, dolor en los senos y lactancia.	Consultar si hay medicación o embarazo.
Manzanilla dulce	Dolores menstruales, llamado de la leche, desinflamar senos, baños de la dieta, cama de hierbas, insomnio y migraña.	Limpiar los senos después del baño y antes de amamantar.
Ruda	Cólicos menstruales, sacar el frío del útero en la dieta, sobo de la dieta, dolor de oído.	No se usa durante el embarazo. Dosis y mezcla las define la partera.
Toronjil	Nervios, estrés y tristeza. Planta de mortuoria.	Según la consulta con la partera.
Apio	Dolor de estómago y diarrea (las agüitas de apio que daban a Mónica de niña).	Si el dolor continúa, consultar.

Fuentes y agradecimientos

Testimonios y entrevistas

María Elena Alarcón, Luz Miryam Martínez Triviño, María Isabel Neuta Tunjo y Diana Garibello Alarcón, entrevistas realizadas para este proyecto en 2026 por Gabriela Garibello Daza y Angie Paola Fonseca Arias. Testimonio de Yuli Chiguasuque redactado por ella misma.

Documentos de la comunidad

- Cabildo Indígena Muisca de Bosa y Secretaría Distrital de Salud. Medicina Tradicional y Partería de la Comunidad Muisca de Bosa. Capítulo de profundización. Bogotá, 2022-2023.
- Cabildo Indígena Muisca de Bosa. Guake. Herbario Muisca de Bosa. Bogotá: Editora 3, 2024. ISBN 978-958-52637-1-0.
- Cabildo Indígena Muisca de Bosa. Capirote de Saberes Muiscas. Bogotá, Secretaría de Educación del Distrito, ISBN 978-958-5140-19-6.
- Martínez, S., Chiguasuque, M. N. y Casallas, R. Ziscagoscua. Manual de salud para la comunidad indígena Muisca de Bosa. Bogotá: Hospital Pablo VI Bosa E.S.E., 2006.

Normas y servicios

Congreso de la República de Colombia. Ley 2244 de 2022, por medio de la cual se reconoce y garantiza el derecho a un parto digno, respetado y humanizado.

Agradecimientos

A las parteras que compartieron su historia. A las y los sabedores del Cabildo Indígena Muisca de Bosa y Suba, cuyos documentos hicieron posible esta cartilla. A Sol, por abrir su casa para los talleres. A las personas que participaron en ellos. Al Instituto Distrital de Patrimonio Cultural y a la Alcaldía Mayor de Bogotá. A Elizabeth y Deissy por su apoyo y a todos los que hicieron posible este trabajo.

Una oscuridad con camino

En Bogotá hay parteras que acompañan embarazos, partos y posparto con saberes que les llegaron de sus madres y abuelas, y con los que llevan años cuidando a otras mujeres y a sus familias. Este libro reúne una parte de lo que ellas saben y de lo que cuentan sobre su oficio, a través de las voces de parteras y médicas tradicionales de la comunidad indígena muisca.

El libro parte de historias de origen del pueblo muisca: Bachué saliendo de la laguna de Iguaque, Huitaca y la noche, los sitios sagrados de la comunidad de Bosa. Sigue con las voces de cinco parteras, que cuentan cómo llegaron al oficio. María Elena atendió su primer parto en una buseta, con una ruana y dos costales como cama. Isabel, de niña, miraba por las rendijas cómo doña María Pantano atendía los partos de la vereda. Diana iba detrás de su mamá a las casas de las mujeres y aprendió a observar y a callar. Entre una historia y otra hay descripciones de prácticas concretas: qué se hace en la primera luna, cómo se acompaña un parto en casa, qué se hace con la placenta, cómo es la dieta de los cuarenta días.

La cartilla es el resultado del proyecto Cuerpo, Territorio y Memoria, ganador de la Beca para el reconocimiento y la activación del patrimonio cultural de sectores sociales del Programa Distrital de Estímulos 2026, con recursos de la Alcaldía Mayor de Bogotá a través del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural. Lo realizaron la Fundación para la Educación y el Desarrollo (FEDES), la Escuela de Medicina de Mujer y Partería Indígena Muisca del Cabildo Indígena Muisca de Bosa y el Centro de Desarrollo Infantil y Familiar Sol.